

ZARPARON

TRES BALLENEROS

Zarparon tres balleneros,
singladuras al azar.

De escolta rojos delfines
gaviotas sobre la mar.

Tripulación holandesa
ebria de ron y de gin.

En el mástil rojas grimpolas,
en los arpones banderas,
sobre el agua blanca estela
y en el cielo Aldebarán.

Por islotes de basalto
y grises pájaros nórdicos
el viento peina sus crines.
El cielo teje sus nubes
rojas, negras y amaranto.
Olas de verde granito
ametrallan las amuras
y siegan los masteleros.

Lejano, por barlovento
—ronco son de las sirenas—
bengalas hieren la noche
y las rúbricas del rayo
escriben sobre las nubes
presagios y agorerías.

Singladuras al azar
zarparon tres balleneros
hacia las simas del mar.

POMPEYO CRUZ

CRONICAS de VALLE VERDE

DON SERAZIN

LA gente de Valle Verde recuerda aún a don Serazín. Don Serazín vivía solo. Su casa estaba en una travesía de la calle Real, hacia la parte alta del pueblo y era de las más antiguas de Valle Verde. Todos la llamaban la Casa del Mayordomo. Aquellos terrenos formaban parte en tiempos de la Huerta de Palacio y se suponía que allí habitaba uno de los principales servidores del castillo.

De su primitiva traza conservaba la casa algunos sillares amarillentos, una gran portada en arco y un borroso escudo sobre ella. El resto era de remiendos y añadidos. Por detrás tenía un corralito, con su emparrado y un naranjo. El corralito daba a una calleja estrecha intransitable que servía de albañal.

La gente se preguntaba para qué quería don Serazín, viviendo solo, una casa tan grande. La gente, sobre todo al principio, andaba siempre con «porqués» y «para ques» a causa de don Serazín. La gente, ya se sabe, en cuanto una persona se sale de lo corriente, empieza a darle vueltas, a tejer y a destejer, a urdir patrañas para tener alguna carnaza que echarle a su curiosidad. Así hasta que un día, sin que la situación haya variado, la persona entra en lo consuetudinario, tal y como es.

Esto es lo que sucedió con don Serazín. Valle Verde había sido su primer destino al terminar la carrera del Magisterio. Allí se transformó, por modo que a él le pareció casi taumatúrgico, de humilde Serafinillo en don Serazín. Se codeaba, de potencia a potencia, con los más encopetados personajes de la localidad: con el cura, con el médico, con el boticario. De natural modesto y reposado, Serafinillo no se encalabrino por tan vertiginoso encumbramiento. Pero cuando decía «Nosotros, los titulares», le corría por el cuerpo un inefable remusguillo.

El paisaje era sugestivo, las gentes simples y bondadosas. Don Serazín pasó allí tres años, poco menos que sumido en éxtasis permanente. Después se marchó a ocupar otra plaza de más categoría. De más categoría en el papel, porque lo que Valle Verde había significado en su vida, nada podría volver a igualarlo. Buena prueba de ello es que al cabo de mucho tiempo, —quizás cuarenta años—, volvió al pueblo, compró aquella casa y se quedó a vivir allí para siempre.